

UNA SALIDA HACIA LA LUZ

En junio de 1949, se acabó de imprimir, en París, la traducción francesa del "Proyecto de Constitución Mundial" preparado por un Comité de profesores universitarios residentes en los Estados Unidos (1).

El eminente novelista germano Thomas Mann escribió un prólogo para esta edición. El Comité de Redacción nos informa que "desde noviembre de 1945 a julio de 1947 ha tenido trece reuniones de dos o tres días cada una". Quien desee conocer el desarrollo cronológico de esta magna tarea puede leer el pequeño volumen del cual, que sepamos, nadie en nuestro país se ha hecho eco públicamente.

Ignoramos si existe una traducción a nuestra lengua de este documento; lamentable circunstancia que explicaría, aunque sin justificarla, su falta de divulgación en nuestros centros académicos, políticos y periodísticos.

Estas líneas tienen, pues, el propósito de suscitar una actitud de atenta curiosidad en torno a una de las posibles soluciones del dramático problema que inquieta, en estos momentos, a los hombres conscientes del mundo anhelosos de una paz mundial veraz y permanente.

En mérito a la circunstancia, quizás muy significativa, de que tan grande concepción *utópico-práctica* haya surgido de la inquieta serenidad de los claustros universitarios (no hay que confundir serenidad con letargo) nos induce a creer que una tribuna universitaria es sitio muy indicado para tejer

(1) "Projet de Constitution Mondiale", Préface de Thomas Mann. Les Editions Nage, 7, Rue de Savoie. Paris 6e.

algunas reflexiones sobre la significación de esta obra que participa, citando a Thomas Mann, de los caracteres a la vez utópicos y realistas adecuados para culminar en una especie “de concreción jurídica de la concepción liberal y humanista de una República Mundial”.

EL PROBLEMA DE LA PAZ

El problema de la paz es tan viejo como el de la guerra. Según que adoptemos una actitud pesimista u optimista al considerar la naturaleza humana, nos inclinaremos a creer que el hombre es el lobo del hombre o el hermano del hombre.

El cristianismo —merced a la influencia de la filosofía estoica— vino a decirnos que somos pecadores, hijos del pecado, pero no nos niega la posibilidad de salvarnos. Plantea así una ruptura del dilema tendiendo a un ideal de armonía. Ni lobos que merezcamos la violencia perpetua para que nos mantengan apaciguados, ni ángeles merecedores de absoluta libertad como los pájaros.

La Filosofía pesimista ha engendrado dos creencias igualmente negativas a los fines del desarrollo de la cultura humana: la del Estado omnipotente y la de la guerra necesaria. La filosofía optimista —cuya lejana raíz ética no es del caso señalar— reacciona enérgicamente contra semejantes ideas y postula su antinomia. Este conflicto —abstracto y concreto, que anima a la historia— es algo así como una expresión dialéctica del desarrollo de nuestra cultura, quizás de todas las culturas.

Pero también podemos forjarnos la otra imagen, la de su clara humanidad, la imagen de que “el hombre es bueno”, de Leonard Frank, la imagen del hombre que desde el fango de sus pecados tiene ojos para mirar al cielo, inteligencia para concebir una vida luminosa y voluntad para conquistar, día a día, si no toda, parte de esa dignidad que también es privilegio de su espíritu, como lo han demostrado los santos y los héroes.

Si rechazásemos este supuesto, tendríamos que convenir en que el viejo tema de la paz se nutre de retórica vana. Y que los filósofos pesimistas, desde Hegel a Nietzsche, desde Treitschke a Spengler, tienen razón en absoluto cuando proclaman, como lo hiciera von Moltke, que "la paz perpetua es un sueño, y ni siquiera un bello sueño".

Admitamos que es un sueño. Pero creemos que así como la vida es sueño, los sueños son también vida. Y como nadie está dispuesto a renunciar a la vida, ni los teóricos de las excelencias de la muerte, como lo son quienes cantan loas abstractas al crimen de la guerra, soñemos un instante en torno a la posibilidad de crear las condiciones de la paz perpetua después de haber sabido crear las condiciones de la guerra perenne. Que es propio de la voluntad humana crear las unas o las otras.

EL NUEVO PACIFISMO

Ha llegado el momento de superar lo que Carlos Astrada llama "el pacifismo imperialista del Estado ecuménico, cuya expresión máxima fué la pacificación universal impuesta por Roma y que cristalizó en la *pax romana*, sinónimo de paz proclamada por el fuerte e impuesta a los débiles" (2).

Otras son las circunstancias actuales del mundo; otro es nuestro mundo mismo. Y a quienes piensan que todavía es posible seguir aquel ejemplo imperial, los redactores del "Proyecto de Constitución Mundial" les dicen: "Es muy posible que la raza humana no haya sufrido bastante todavía para deducir las lecciones que se le imponen, y que la sabiduría no pueda florecer sino sobre las cenizas de una conflagración que dejaría detrás de ella, según la profecía de un americano autorizado, no una Roma, sino dos Cartagos".

(2) CARLOS ASTRADA. *Sociología de la guerra y filosofía de la paz*. (Instituto de Filosofía. Serie Ensayos, nº 7. Universidad de Buenos Aires, 1948).

Este nuevo pacifismo, pues, se inspira, considerándolo ya desde el punto de vista de sus posibilidades reales, en una concepción federalista de la política. Concepción teórica que no es tampoco inédita —nihil novum sub sole— pues Fernando de los Ríos, en una de sus hermosas lecciones relativas a los problemas jurídicos del Poder, el Estado y la Sociedad, nos decía: “Por último, coronando su visión del orden jurídico y colocado éste en una perspectiva histórica lejana, Kant escribió sobre la paz perpetua a base de la doctrina de la autonomía de los Estados que es como correlato de la autonomía de los individuos. Sobre el principio de respeto a la personalidad de los pueblos, levanta Kant su visión cosmopolita de una Federación General y un Estado de legislación universal, como forma única de superar el Estado de naturaleza que, de hecho, es el que existe entre los pueblos en el orden de sus relaciones, y fundar un Estado de legislación universal en virtud de una visión cosmopolita en la Constitución del mismo” (3).

Así como la teoría imperialista plantea el problema de la unidad con sentido monista, el federalismo político lo concibe con sentido de armonía. Al plano de la política internacional es traída la noción pluralista de la unidad.

Unidad y diversidad son términos incompatibles sólo en apariencia. Es lo que Cassirer nos dice en una de sus lúcidas especulaciones filosóficas: “Los hombres no comprenden —dice Heráclito— como aquello que es llevado en diferentes direcciones se pone de acuerdo consigo mismo: armonía es contrariedad, como el caso del arco y la lira.

Para probar semejante armonía no necesitamos probar la identidad o semejanza de las diferentes fuerzas que la producen. Las diversas formas de la cultura no concuerdan por una identidad de su naturaleza sino por una conformidad en su misión fundamental. Si existe un equilibrio en la cultura,

(3) FERNANDO DE LOS RÍOS. *¿A dónde va el Estado?* (Estudios filosófico-políticos). Ed. Sudamericana, Bs. Aires, 1951, pág. 353.

únicamente podrá ser descrito como equilibrio dinámico y no estático; es el resultado de una lucha entre fuerzas opuestas. Esta lucha no excluye esa *armonía recóndita* que, según Heráclito, *es mejor que lo que es obvio*" (4).

El camino de la unidad uniforme, que ha menester de la violencia, de la sujeción y de la hipertrofia del principio de autoridad para imponerse, el camino que conduce a la *pax romana*, cuando no a "la paz de Varsovia", ha fracasado una y otra vez en la historia. Es que la paz a expensas de la libertad no es digna, ni siquiera eficaz en su efímero reinado. Falta crear una nueva experiencia: la de la concepción federalista de la paz.

Esta idea política concuerda con la realidad de nuestra cultura. "La cultura humana —dice Cassirer— tomada en su conjunto, puede ser descrita como el proceso de la progresiva autoliberación del hombre. El lenguaje, el arte, la religión, la ciencia, constituyen las varias fases de este proceso. En todas ellas el hombre descubre y prueba un nuevo poder, el de edificar un mundo suyo propio, un mundo ideal. La filosofía no puede renunciar a su búsqueda de una unidad fundamental en este mundo ideal. Pero no tiene que confundir esta unidad con la simplicidad. No debe ignorar las tensiones y las fricciones, los fuertes contrastes y los profundos conflictos entre los diversos poderes del hombre. No pueden ser reducidos a un común denominador. Tienden a direcciones diferentes y obedecen a diferentes principios, pero esta multiplicidad y disparidad no significa discordia o falta de armonía... Lo discordante se halla en armonía consigo mismo; los contrarios no se excluyen mutuamente sino que son interdependientes: *armonía en la contrariedad como en el caso del arco y la lira*" (5).

Traducidas al lenguaje político, estas meditaciones filosóficas nos sirven de fundamento para concebir la posibilidad

(4) ERNST CASSIRER. *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1951. Pág. 306.

(5) Idem. ídem, pág. 313.

real de lo que muchos consideran quimérica utopía: la compatibilidad entre la diversidad y la unidad del mundo humano. Esta compatibilidad la crea el federalismo: armonía de la libertad con el orden jurídico. En cambio, no la ha dado, ni puede darla, ninguna concepción imperialista de la política, ni el imperialismo mercantilista liberal, ni el otro comunista igualitario, condenados a parecer víctimas de la misma falacia instrumental: el ejercicio de la fuerza. De aquí que Eugenio D'Ors dijese en Ginebra, en un debate sobre la relación entre el progreso técnico y el progreso moral, que iba a mantener "una postura congruente con la tradición intelectual del lugar. Esta tradición puede cifrarse en el espíritu *federativo*, capaz de sobrepasar el principio de contradicción como la dialéctica en el plano de la lógica y la mecánica nuclear en el de la física, del mismo modo que el Cristianismo es capaz también de conciliar la tesis y la antítesis en una síntesis activa contra la patria celeste y la patria terrestre". Y agregó: "Desde esta perspectiva, la revolución moderna, representada por el capitalismo y el marxismo, debe ser juzgada como una pérdida moral, cuando se la mide por el arquetipo al que antes aludía (Ese hombre perfecto sería el "humanista humano", el caballero cristiano). En cambio, el federalismo contemporáneo representa una garantía, ya que entraña la conciliación armoniosa entre el ideal estético del orden y el ético de la justicia" (6).

No se nos escapa que en virtud de su actual prestigio, la palabra federalismo, y todas las que nacen de su misma raíz, no tiene exactamente igual significación en boca de Eugenio D'Ors que en boca del Gral Eisenhower; poco de común hay entre el federalismo de Proudhon y el jerárquico medieval con el que sueñan algunos intelectuales cristianos. Pero sea cual fuese el matiz diferenciador, lo cierto, lo positivo, es que hubo que retornar a esta idea del federalismo a fin de darle

(6) *Encuentros de Ginebra*. Intervención de don Eugenio D'Ors. Índice Cultural Español. Nº 23. 1º de diciembre de 1947. Pág. 109.

una solución al dilema obsesionante: Wáshington o Moscú; dilema que engendra la necesidad de un nuevo conflicto para provocar una nueva *pax romana*.

Pocas veces los políticos prácticos y los filósofos, los hombres llamados de acción y los que podríamos llamar de fe, o de razón, han coincidido, como en estos momentos, en tan gran número, en torno a las ideas federalistas. Existe al respecto una abundante bibliografía lamentablemente casi desconocida para nosotros. Y aunque muy pobremente informados por la prensa, sabemos de reuniones, congresos y asambleas, en los cuales se discute y propicia el ideal de una paz perenne cimentada sobre la creación de una República Mundial federalista. Las ideas, las emociones, están en el aire, como las semillas que lleva el viento. Tarde o temprano han de florecer.

LA PALAZ OBJECCION

Frente a quienes propician la República Mundial, como a quienes, en ámbito más limitado, auspician la unidad federal europea, se levanta la gran objeción derrotista: son utopías.

Sí, son utopías, productos de la imaginación. Pero tengan muy presente los presuntos "realistas" negadores, que las utopías se realizan. A tal punto, que Aldous Huxley ha sentido la necesidad de escribir una anti-utopía, "Un mundo feliz", inspirada en una advertencia de Berdiaeff, el cual no oculta su temor ante la perspectiva de las utopías realizables. Es que toda utopía es, en cierto sentido, la expresión simbólica de un propósito, de un anhelo, de un ideal; en cierto sentido, también podríamos considerar a las utopías sociales como consideramos a ciertas demostraciones matemáticas que parten de una premisa absurda. Filósofos y sociólogos eminentes contemporáneos rechazan la calificación vulgar despectiva con que suele revestirse a la palabra utopía; entre muchos, podemos citar a Munford.

No cabe duda que esta iniciativa de la República Mundial, como las fracasadas pretéritas de inspiración imperialista y teocrática, nacen de un principio teórico. Mas siempre hay un nexo entre la teoría: conocimiento del mundo, y la práctica: transformación del mundo. Y un realista como Marx (utópico también a pesar suyo) nos dice que “es una ley psicológica que el espíritu teórico hecho libre, se convierte en energía práctica”. Y Hegel le escribió el 28 de octubre de 1808 a su amigo Niethammer una carta en la cual le decía: “me convenzo cada día más de que el trabajo teórico logra en el mundo más que el práctico; una vez revolucionado el reino de las ideas la realidad ya no puede resistir”. Pero mucho antes que Hegel y que Marx ya Anaxágoras fué el primero en afirmar que el *nous* gobierna el mundo (7).

Mas las ideas no están en los aires, sino en la cabeza de los hombres. Y entonces, viene Unamuno y arremete contra Marx: “El judío saduceo Carlos Marx creía que son las cosas las que hacen y llevan a los hombres, y de aquí su concepción materialista de la historia, su materialismo histórico —que podríamos llamar realismo—, pero los que queremos creer que son los hombres, que son las personas, los que hacen y llevan a las cosas, alimentamos con duda y en agonía, la fe en la concepción histórica de la historia, en la concepción personalista o espiritualista” (8).

Pero la refutación más elocuente al prejuicio de la impracticabilidad de ciertas “irrealidades” políticas, nos la da Kant en su “Crítica de la razón pura”, cuando nos dice: “Se ha supuesto que la república de Platón es un ejemplo de perfección puramente imaginaria. Se ha convertido en una quimera, en algo que sólo puede existir en el cerebro de un pensador ocioso... Haríamos mejor, sin embargo, al seguir este

(7) Véase al respecto *Verdad e ideología*, de Hans Barth. Fondo de Cultura Económica, México, 1951. Pág. 73 y ss.

(8) MIGUEL DE UNAMUNO. *La agonía del Cristianismo*. Ed. Renacimiento. Madrid, 1931. Pág. 53.

pensamiento, si tratáramos de colocarlo por nuestro propio esfuerzo bajo una luz más clara en lugar de hacerlo a un lado por inútil bajo el pretexto miserable y verdaderamente peligroso de su impracticabilidad... pues nada puede ser más equivocado y más indigno de un filósofo que la apelación vulgar a lo que se llama experiencia adversa, la cual, posiblemente, pudo no haber existido nunca si por el mismo tiempo se hubieran formado instituciones de acuerdo con estas ideas y no de acuerdo con concepciones crudas que, por lo mismo que se derivaban únicamente de la experiencia, han defraudado todas las buenas intenciones”.

Cassirer, siguiendo la línea de estas reflexiones, e inspirándose también en la sentencia de Goethe: “Vivir en el mundo ideal consiste en tratar lo imposible como si fuera posible”, afirma que: “Los grandes reformadores políticos y sociales se hallan constantemente bajo la necesidad de tratar lo imposible como si fuera posible”. Y llega a la conclusión de que: “En la historia de la civilización la utopía ha cumplido siempre esta tarea. En la historia de la Ilustración se convirtió en un género literario y resultó una de las armas poderosas en todos los ataques al orden político y social existentes... La gran misión de la utopía no consiste sino en hacer lugar a lo posible, como lo opuesto a la aquiescencia pasiva al estado actual de los asuntos humanos. Este pensamiento simbólico supera la inercia natural del hombre y le dota de una nueva facultad: la de reajustar constantemente su universo humano” (9).

En medio de la nebulosa política en que vivimos, después de haber salido del crimen infernal de dos guerras universales, en presencia de este esfuerzo racional por salir de las tinieblas en demanda de la luz, por virtud de un grupo de utopistas universitarios, quizás la humanidad futura pueda exclamar como Dante al salir de su pesadilla poética, en el último canto del “Infierno”:

(9) E. CASSIRER. *Antropología filosófica*. Pág. 94.

Salimmo su, ei primo ed io secondo,
tanto ch'io vidi delle cose belle
che porta il ciel, per un pertugio tondo,
e quind'uscimmo a riveder le stelle (10).

LUIS DI FILIPPO

Subimos, él primero y yo segundo,
hasta del cielo ver las cosas bellas:
por un resquicio de perfil rotundo,
a contemplar de nuevo las estrellas.
(Traducción de Bartolomé Mitre).